

LA POLÍTICA INTERNACIONAL DURANTE LOS MESES DE ENERO Y FEBRERO DE 1959

ALEMANIA OTRA VEZ.

En verdad, el problema alemán—reunificación, rearme, neutralización—no ha dejado nunca de estar presente en el desarrollo de la política internacional de nuestros días, ni ha perdido en ningún momento su condición de problema capital en las relaciones entre Este y Oeste. Ha ocurrido, eso sí, que en los últimos años las cuestiones, muy graves, surgidas en el Oriente Medio y en el Extremo Oriente han adquirido una preeminencia que ha determinado la localización en aquellas regiones de la amenaza inminente de una guerra mundial. Suez, Líbano, Iraq, Quemoy, son nombres que hablan de la inquietud internacional sobre la precaria suerte de la paz unida a escenarios lejanos del europeo. Sin embargo, en el fondo permanece un fundamental problema y una invariable amenaza, generadoras de múltiples otros problemas y de muchas otras amenazas: la política soviética y su irreductible agresividad. Por esta razón, Europa, y dentro de ella Alemania, en cuanto corazón de Europa, no pueden por menos de estar siempre presentes.

El 27 de noviembre se encargó de recordarlo con toda violencia el jefe del Gobierno soviético, Kruschchev. Desde entonces la diplomacia occidental ha estado trabajando en torno al problema de Berlín. La respuesta, sin embargo, de los tres Gobiernos se ha hecho esperar hasta el 31 de diciembre, si bien la reacción de Occidente fué conocida antes de esta fecha. Primero por la declaración hecha en París el 14 de diciembre por los tres ministros de Asuntos Exteriores occidentales y por el de la Alemania occidental, luego por el comunicado del Consejo atlántico de fecha 16 del mismo mes, finalmente, por el extenso Memorandum publicado el 20 de diciembre por el Departamento de Estado y en el que se refutaban en el plano jurídico las argumentaciones del Gobierno de Moscú acerca del estatuto de la antigua capital germana.

Las notas de respuesta de los Gobiernos de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia fueron del mismo contenido sustancial y en ellas se destacaba la unánime voluntad de resistir a la tentativa soviética de modificar unilateralmente el *statu quo* berlinés, consecuencia de acuerdos internacionales que la Unión Soviética está obligada a respetar tanto como las otras potencias, y mucho más haciendo entrar en juego un Gobierno, el de la Alemania oriental, que no ha sido reconocido por los occidentales.

Recuerdan éstos en sus contestaciones que la ocupación por ellos del sector occidental de Berlín se obtuvo a cambio de la evacuación a favor de las tropas soviéticas de vastas zonas de Meclemburgo, Sajonia, Turingia y Anhalt y que, por tanto, no están dispuestos a renunciar a sus derechos en Berlín, lo mismo que Moscú no estaría dispuesto a devolver a las potencias occidentales tales territorios comprendidos en la Alemania del Este.

Pero aparte de esta y otras razones histórico-jurídicas recogidas en las tres notas del 31 de diciembre, y que ya habían sido ampliamente desarrolladas en el Memorandum del Departamento de Estado, los occidentales han planteado la cuestión en sus debidos términos al precisar que la cuestión de Berlín no puede presentar-

se aislada, desconectada de todo el complejo problema alemán. El problema del estatuto de Berlín, que la Unión Soviética ha arrojado de manera retardadora sobre la mesa de las cancillerías, pierde todo sentido si no es considerado como una parte del problema más amplio de la reunificación de Alemania, de la consiguiente elaboración de un tratado de paz que ponga fin a la actual situación de este país y, en fin, si no se hace acompañar del propósito de abordar seriamente la cuestión de la seguridad europea.

Los occidentales, que no podían más que dar una respuesta negativa a las pretensiones de Moscú, han buscado, pese a todo, no cerrar las puertas enteramente al diálogo con Moscú que la propia iniciativa soviética les brindaba, y así se han declarado dispuestos a tratar de la solución de tan complicado problema. Ha sido ciertamente una postura inteligente, quizá la única que cabía para limar los tonos amenazadores en que Moscú había presentado la cuestión. El punto difícil estará siempre en encontrar una común base de diálogo, dados los antecedentes acumulados años atrás en similares tentativas, que han llegado a presentar el problema alemán como prácticamente irresoluble en la actual situación.

La respuesta de Bonn, de fecha 5 de enero, fué, como es natural, mucho más rígida y no aparece en ella una orientación distensiva que los occidentales, salvo siempre su negativa a Moscú, han querido ofrecer. Es lógico que Bonn requiera a Moscú para que retire su ultimatum sobre Berlín, pero es lógico también que los occidentales traten de quitar hierro a las amenazas soviéticas. Por eso no fué exacto ni justo el órgano del partido socialista alemán unitario, *Neues Deutsch land*, al decir que "las proposiciones del Gobierno soviético habían sido simplemente rechazadas sin tomarse el trabajo de presentar contraposiciones". Más cierto es, como explicaba el *New York Herald Tribune* del día 2 de enero, edición americana, que "los aliados no ceden a ultimatum y no negocian bajo la amenaza... la puerta está abierta y seguirá abierta a las discusiones—pero sin amenazas—no solamente sobre Berlín, sino sobre toda Alemania".

La ofensiva diplomática soviética continuó pocos días después, cuando el 10 de enero el ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko, entregó a los representantes en Moscú de las tres potencias una nueva nota acompañada de un proyecto de tratado de paz con Alemania, al tiempo que otras notas similares eran enviadas a todos los países que participaron en la guerra contra Alemania. Este nuevo documento contempla, por consiguiente, la totalidad del problema alemán: pacificación y reunificación, y como ha de ser interpretado en relación con la nota sobre Berlín de 27 de noviembre, parece que Moscú ha buscado en primer lugar el impacto que el planteamiento brusco y unilateral del problema aislado de Berlín debía producir lógicamente para, luego, hacer entrar a los occidentales en la línea de discusión soviética sobre el problema alemán en su conjunto, forzando un diálogo en el que las tres potencias se mostrarán más inclinadas a las concesiones. Nos parece que ésta es una interpretación más ajustada a las verdaderas intenciones de la Unión Soviética que aquella otra que ha querido ver en la sucesión de los dos documentos soviéticos una manera de manifestar que su iniciativa sobre Berlín era un primer paso necesario para facilitar el entendimiento sobre toda la cuestión alemana.

En su notificación del 10 de enero, Moscú propone reunir en un plazo de dos meses una conferencia sobre Alemania, en Varsovia o en Praga, para examinar el proyecto de tratado que presenta y elaborar un texto común. Según la Unión Soviética, el tratado de paz debería concluirse con las dos Alemanias existentes o con una confederación germana si entretanto los dos sectores del país habían llegado a esta solución, y su fin sería el de restablecer la entera soberanía del pueblo alemán sobre su territorio, bien entendido que quedando éste delimitado por las fronteras existentes el 1 de enero de 1959, y por tanto eliminando cualquier pretensión de reivindicar territorios que fueron alemanes. Se reconoce a Alemania la posibilidad de un completo desarrollo de su economía pacífica, de su comercio y de su libertad de acceso a los mercados mundiales. Alemania podría tener sus propias fuerzas armadas para atender a las necesidades de defensa del país, aunque se fijasen ciertas restricciones militares, no sólo atendiendo a los propios intereses nacionales germanos, sino a los de la paz mundial. Las restricciones se referirían especialmente

al armamento nuclear y a los sumergibles, además de comprender la prohibición de entrar a formar parte de bloques militares.

Con éste creemos recordar que ya son tres los tratados de paz para Alemania que el Kremlin propone desde que acabó la II Guerra Mundial. El primero, en marzo de 1952, el segundo, en febrero de 1954. La posición soviética es la misma, pese a la evolución que el tiempo aporta inevitablemente a las situaciones, y por lo mismo no se escapa a los rusos que su propuesta es inaceptable para los occidentales. Pero la posición soviética se presenta hoy como más dura que nunca, sobre todo para los alemanes, precisamente porque los largos años transcurridos hacen más intolerable la división del país y, en correspondencia, todo el esfuerzo de las potencias que son responsables de la división debían hacer todo lo posible para resolver la cuestión. Pero, aun dando por buenas las exigencias soviéticas para que se garantice su seguridad frente a una Alemania unida, resulta claro de las proposiciones de la U. R. S. S. que su intención verdadera es, aprovechándose de la situación, congelar el problema alemán, consolidando la división, con la suficiente habilidad diplomática para que los occidentales aparezcan como únicos responsables ante los alemanes.

El proyecto soviético significa, entre otras cosas, desgajar a Alemania del sistema occidental y lograr una confederación neutralizada como la que Ulbricht ha propuesto. Tal cosa sólo puede encontrar la negativa de Occidente. Pero esto no obsta, sino todo lo contrario, para que Occidente trate de buscar todavía una posibilidad de negociación y esta actitud conciliadora se fué dibujando durante la primera quincena de febrero, que veía a un Foster Dulles enfermo viajar a Europa en duro trabajo preparatorio de la respuesta que el 16 de ese mes se dió a la nota soviética del 10 de enero.

La nota del 16 de febrero, que presenta a las tres potencias formando un frente único, contiene todos los datos que interesan para que la posición de los aliados quede bien clara. De un lado, tiene vigor y consecuencia en lo esencial: Berlín no será abandonado, Alemania no puede ser unificada bajo el patrón soviético, la confederación panalemana y la neutralización de todo el país son inaceptables. De otro, actitud conciliante y buena disposición para negociar: no se exige que Moscú retire el ultimatum de 27 de noviembre, pero antes de la fecha límite del 27 de mayo se propone la celebración de una conferencia de nivel medio que reúna a los ministros de Asuntos Exteriores, y a la que podrían asistir, para ser consultados, consejeros alemanes de los dos lados. Esto último da la medida del espíritu de negociación hacia el que los aliados han evolucionado en la crisis presente. Porque no es necesario recordar cómo la Alemania del Este, y tras ella la U. R. S. S., han insistido para querer forzar la aceptación occidental de la paridad entre las dos Alemanias. No es que se haya llegado a eso. Pero si en Ginebra los enviados de Pankow hubieron de detenerse ante las puertas de la Sala de conferencias de los Grandes, ahora son introducidos en ella por los propios occidentales, y no sólo para asistir pasivamente, sino para ser consultados.

Del lado occidental germano ha estado vivo el recelo hacia una actitud distensiva que se consideraba perjudicial e inconsecuente. El tono máximo lo ha dado Adenauer y sus fieles, pero incluso entre otros sectores de opinión que han disentido en algún momento de la política del canciller, se ha podido observar inquietud. Inquietud ante el viaje de Dulles, ante el anuncio del viaje de MacMillan a Moscú y ante las consecuencias de la nota de respuesta del 16 de febrero.

En el complicado problema alemán hay un punto sobre el que es necesario volverse con toda atención: la presencia internacional de la República democrática alemana y cómo ésta trabaja en la línea de la política de Moscú.

La nota soviética del 27 de noviembre no decía sólo que en un plazo improrrogable la U. R. S. S. está dispuesta a poner fin unilateralmente a la situación ahora existente en Berlín, sino además que haría entrega a las nuevas autoridades comunistas del Berlín-Este de los poderes que venía asumiendo desde la capitulación del III Reich. Después, la notificación del 10 de enero que contempla ya en su conjunto el problema alemán, tiene un junto de apoyo esencial sobre el que Moscú ha hecho descansar siempre su política alemana; la existencia de pleno derecho de la República democrática y su paridad con la federal.

Por el lado contrario, la Alemania comunista no ha sido nunca reconocida por los occidentales en cuanto mero Gobierno fantasma de los soviéticos, y Adenauer ha rehusado en todo momento cualquier gesto que pudiera ser interpretado como aceptación de la situación de hecho impuesta por Moscú.

Lo cierto es, sin embargo, que el Gobierno de Pankow se va afirmando cada vez más en el plano internacional, tanto en lo político como en lo económico, y esto tiene como inevitable consecuencia, no sólo el dificultar que prospere la tesis occidental de la reunificación—celebración previa de elecciones libres en todo el país—, sino también que el mundo occidental se ve empujado a aceptar la presencia del Gobierno germano oriental y a considerarlo en las conversaciones que sobre Alemania se hayan de tener en el futuro. La concesión señalada en las notas occidentales del 16 de febrero habla bien claro en este sentido. La U. R. S. S. lleva a los occidentales a aceptar un punto importante por ella mantenido siempre, y esto es un duro golpe para Adenauer más que para ningún otro.

Los hechos cantan. En lo político, el Gobierno de Grotewhol va siendo reconocido cada vez por un mayor número de países. A los netamente comunistas se añaden los afro-asiáticos. El viaje realizado por el presidente del Consejo por el Medio Oriente y Asia ha determinado, por ejemplo, un acuerdo con Nasser para el establecimiento de Consulados Generales en la Alemania Oriental y en la R. A. U. y en el comunicado final de las conversaciones con Kassem se proyecta el intercambio de misiones diplomáticas entre los dos países.

Sobre esto, los éxitos comerciales, en clara competencia con la política de Bonn. La República democrática envía misiones integradas por destacados miembros de su Gobierno—tales, el ministro de Asuntos Exteriores, Bolz, o el viceministro de Comercio, Weiss—, a países afro-asiáticos y concluye acuerdos comerciales con facilidad, dando al traste con iniciativas comerciales similares, partidas de Bonn. Ejemplo típico es la R. A. U., la llegada de la misión germana oriental ha determinado la suspensión del proyecto de Bonn de enviar una delegación de expertos a El Cairo para acordar la contribución de 200.000.000 de marcos para la construcción de la presa de Assuan. Recordemos también otro ejemplo reciente: la conclusión en el pasado noviembre de acuerdos comerciales y culturales con el Estado independiente de Guinea.

Con esto queda claro que la presencia internacional de Pankow es mucho más fuerte hoy que en los días del "espíritu de Ginebra" y tal realidad no puede por menos de repercutir sobre el planteamiento actual del problema alemán. Convergamos que los recelos de Bonn ante cualquier actitud conciliadora de los occidentales están, pues, justificados.

LOS VIAJES DE MIKOYAN Y DE MACMILLAN.

Muchas veces se ha observado que la política de Moscú sabe pasar de lo frío a lo caliente, de las actitudes conciliadoras a los ataques brutales, con una brusquedad y aparente inconsciencia, que parece no tener otro objetivo que desconcertar a sus adversarios.

Los viajes de Mikoyan a los Estados Unidos, del 4 al 20 de enero, y de MacMillan a Moscú, son un buen ejemplo. El del ministro soviético, largamente anunciado, venía a coincidir con los días en que la primera respuesta occidental al ultimatum de Moscú era ampliamente comentada, y el proyecto soviético de tratado de paz con Alemania era recibido en las capitales occidentales. Existía, por ello, una gran expectación acerca del tono que las conversaciones entre Mikoyan y los dirigentes norteamericanos pudieran tomar. Todo transcurrió en un clima de aparente distensión. Entonces fué cuando por primera vez y por parte de los Estados Unidos se comenzó a apuntar un giro de su tradicional posición acerca de la solución alemana. Por boca del propio Dulles se hizo saber que Washington no consideraba que las previas elecciones libres en todo el país eran la única posibilidad admisible para llegar a la reunificación. Desde la Alemania federal se percibió esto como un giro peligroso y la amenaza de un aislamiento de Adenauer comenzó a tomar cuerpo. Mikoyan trató en su pretendido viaje privado de muchas cuestiones diversas—las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., muy principalmente—,

pero la sombra de Alemania se ha proyectado constantemente sobre las conversaciones del personaje soviético con los políticos del otro lado del Atlántico. A la vista de los comunicados y del discurso pronunciado por el propio Mikoyan en la sesión del 31 de enero del XXI Congreso del Partido Comunista se deduce, sin embargo, que el vicepresidente del Consejo de la U. R. S. S. está convencido de que los Estados Unidos quieren negociar y dé que la tensión internacional puede reducirse. Moscú ofrece su buena voluntad.

A fines de febrero una similar expectación sigue a MacMillan a Moscú. El viaje tiene aquí también un carácter especial. El primer ministro se atribuye una misión exploratoria que no puede ser valorada como representación de bloque aliado occidental. La acogida que el político inglés recibió a su llegada parecía favorable. Pronto, el 24 de febrero, Kruschev, en el curso de su campaña electoral a los Soviets de las distintas Repúblicas, pronunció en la circunscripción "Kalinin" de Moscú un brutal discurso sobre la situación internacional, conteniendo duros ataques a los occidentales y reafirmando las posiciones soviéticas en aquellos puntos en que se sabe que todo queda pendiente de discusión, a no ser que los occidentales claudiquen en un todo y dejen a Moscú el campo libre para ordenar las cosas a su gusto. En efecto, Kruschev admitió la posibilidad de concluir un tratado de paz separado con Pankow, ratificó la intención de ceder el Gobierno de la República democrática los poderes ejercidos hasta ahora por las autoridades soviéticas en el territorio de la Alemania oriental, intimó a los occidentales abandonar Berlín y aludió, en caso contrario, al uso de la fuerza si éstos se resisten. La presencia de MacMillan en Moscú daba aún más gravedad a estas manifestaciones.

El XXI CONGRESO DEL P. C. U. S.

Se ha celebrado en Moscú del 27 de enero al 5 de febrero y fué precedido de una campaña propagandística en tono mayor en toda la prensa y radio soviéticas y de los países satélites adecuada a tal solemnidad del mundo comunista. "El XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética—se decía en un editorial de la Pravda del 26—es un acontecimiento de la más alta importancia en la vida del Partido y de todo el pueblo. Este momento memorable figurará en la Historia como una boya luminosa que señala una nueva etapa para el país que ha edificado victoriosamente el socialismo y que progresa por el camino de una grandiosa edificación de la sociedad comunista..."

Dejando a un lado lo que éste y otros párrafos tienen de obligado y conocido elogio al régimen, es desde luego de destacar que los Congresos del P. C. U. S. tienen una considerable importancia en el mundo comunista y son además una ocasión muy interesante para apreciar por donde van las reales preocupaciones de la política moscovita. Por lo mismo su valor no se limita al vasto mundo que obedece a las consignas rojas del Kremlin, sino que alcanza una proyección internacional que no se puede desconocer.

En el caso del XXI Congreso se ha observado con justeza que en su desarrollo y en su resolución final la presencia de las preocupaciones ideológicas es muy débil, sobre todo en comparación con el XX, y que la preocupación fundamental de la política de Kruschev aparece centrada en lo económico. Un Congreso, por tanto, en el que la polémica siempre planteada contra el grupo antipartido ha sido llevada al terreno en el que el sucesor de Stalin se siente más seguro.

La presentación del plan septenal 1959-1965 ha dominado al Congreso. Plan ambicioso, al que conscientemente, como en ocasiones anteriores había sido anunciado por Kruschev, se ha querido dar el carácter de desafío a la economía de los Estados Unidos. El informe presentado por el jefe del Gobierno soviético en la sesión inaugural, titulada: "Sobre las cifras de control para el desarrollo de la economía de la U. R. S. S. de 1959 a 1965", recogido en buena parte en la resolución final, representa un ambicioso proyecto de desarrollo económico, ante el cual la primera pregunta que surge es si será posible realizarlo como ahora se ha presentado. Parece que Kruschev y su grupo, envalentonados por los resultados positivos obtenidos en el orden económico mediante la política de descentralización industrial y agrícola—por ejemplo los 136.000.000 de

toneladas de cereales obtenidos en 1958, que constituyen una cifra record—se proponen forzar el desenvolvimiento de la producción para dar una batalla en el plano económico que, si se gana, será una victoria no tanto dentro del país como fuera. Los comunistas han dedicado sus más encendidos elogios a lo que el plan representa para la U. R. S. S. y el éxito político que implica para Krushev. Es de observar sobre todo el aumento de las inversiones destinadas al desarrollo de la industria química, que si eran de 19.900.000 de rublos en el plan 1952-1958, ascienden a 100.000.000 de rublos, ahora. El acero, el carbón y el petróleo ocupan también un lugar destacado en el aumento general de inversiones.

La política de Krushev en el orden interior obedece a una preocupación económica y administrativa muy visible, en la que la descentralización es la base principal de acción. En la condenación de los disidentes de Krushev, de los tachados de "antipartido", se hizo destacar insistentemente, como se recordará, la falta de productividad y las infidelidades a una política realista.

Por el contrario, y sobre todo cuando a fines de 1956 las crisis polaca y húngara desencadenaron en el mundo comunista una viva polémica ideológica, con la discusión sobre la diversidad de vías conducentes a la realización del socialismo, Krushev se vió metido en una confusa y poco prometedora situación. Es explicable, por ello, que en el XXI Congreso no se haya hecho cuestión del aspecto ideológico sin perjuicio de aludirse en diversas ocasiones a la unidad refortalecida del mundo comunista.

Significativo de lo que decimos es que los ataques antiyugoslavos que encontramos en la resolución del Congreso, no se refieren directamente a las diferencias ideológicas, sino al fracaso de la política del Frente yugoslavo que traducen las realizaciones del comunismo titoísta en comparación con el soviético. Ataques, por cierto, que se apresuró a contestar el órgano oficial de la Alianza socialista de Yugoslavia, *Borba*.

En cuanto a la política internacional, el XXI Congreso no ha aportado nada nuevo que sirva para arrojar nuevas luces sobre la política del Kremlin. Tanto Krushev como Gromiko o Mikoyan, recién llegado éste de su viaje a los Estados Unidos, han insistido en lo que ya conocemos sobre los temas que marcan la hora de la actualidad internacional. Nada, por consiguiente, nuevo para ilustrar la sabida posición rusa en cuanto a la unificación de Alemania, la seguridad europea, la supresión de experimentos nucleares o el reconocimiento de la China comunista.

LOS PROBLEMAS DE LA COMUNIDAD EUROPEA.

El 31 de diciembre de 1958 terminaba el primer año de vida de la C. E. E. y el 1.º de enero de 1959 se introducían las primeras reducciones de los aranceles interiores de la Comunidad y los aumentos de los contingentes de importación. Estas modificaciones en el régimen de intercambios comerciales han tenido importantes repercusiones. En relación con el cambio de la situación, el 27 de diciembre decidieron los seis de la Comunidad, la Gran Bretaña y los tres países escandinavos ir a la convertibilidad parcial—en cuanto referida sólo a los no residentes en los países—de sus divisas. De este modo se ha seguido el fin de la U. E. P. y la aplicación, en su lugar, del Acuerdo monetario europeo basado sobre la aplicación de un sistema multilateral. En fin, Francia, para hacer frente a las exigencias del Mercado Común, tomó una serie de medidas económicas centradas en la devaluación del franco, con el intento de suministrar a éste una base más real, y protegiéndose paralelamente con la introducción de un régimen más severo en su política fiscal.

Naturalmente que estas alteraciones monetarias plantean problemas muy graves a los países europeos, tanto a los que han adoptado estas medidas con la finalidad de ponerse en condiciones de hacer frente a la nueva situación europea, como a aquéllos que inevitablemente se verán afectados por ellas. Por otra parte, la desaparición de la U. E. P. genera también no menos graves problemas, sobre todo el que supone la incógnita de la futura evolución de la situación monetaria europea.

Por lo que se refiere a las relaciones entre los países de la C. E. E. y el resto de los pertenecientes a la O. E. C. E., el año 1959 ha comenzado bajo el impacto producido por el fracaso de las trabajosas negociaciones del Comité Maudling. Después de este fracaso, al que sólo podía conducir el difícil diálogo sostenido durante meses,

la prensa inglesa ha señalado a Francia como el único y verdadero obstáculo para un acuerdo entre el Mercado Común y la Zona de libre cambio. El 30 de enero el Gobierno británico publicaba un Libro Blanco destinado tanto a ilustrar acerca de su posición sobre el problema, como a señalar los puntos que habían hecho imposible el acuerdo con los Seis. De este documento sólo cabe deducir que el desacuerdo era grande y afectaba desde la cuestión de los aranceles externos, hasta la armonización de las políticas sociales.

Paralelamente al Mercado Común ha comenzado a funcionar también la otra Comunidad nacida de los Tratados de Roma; el Euratom, pero aquí todo ha sido sin connotaciones. En el mes de enero, la Comisión de Euratom ha realizado una visita a Holanda e Italia para entrar en contacto con los representantes políticos y con los sectores industriales interesados en la producción de energía nuclear para fines pacíficos. Además, el 4 de febrero se firmó en el *Foreign Office* por los representantes del Gobierno del Reino Unido y del Euratom el acuerdo de cooperación concerniente a la utilización pacífica de la energía atómica. Este acuerdo, que prevé una duración de diez años, ha sido consecuencia de la labor desarrollada por la delegación británica que el 9 de julio del pasado año quedó acreditada cerca del Euratom. Implica abrir el mercado del Euratom a los reactores en funcionamiento en la Gran Bretaña, y desde el punto de vista técnico ofrece para los Seis de la Comunidad la posibilidad de que sus técnicos adquieran experiencia en la utilización de reactores de uranio natural.

Precisamente también en el mes de febrero, el día 18, ha entrado oficialmente en vigor el Acuerdo de cooperación entre los Estados Unidos y el Euratom—concluido en noviembre del pasado año—en virtud del intercambio de notas previsto entre la Comisión del Euratom y la delegación de los Estados Unidos cerca de las Comunidades europeas (*).

También la Asamblea parlamentaria europea ha entrado en su segundo año de vida, habiendo sido su primera sesión para el de 1959 la celebrada del 7 al 15 de enero. Imposible dar aquí una idea, siquiera sumaria, del orden del día por la gran cantidad de problemas en él contenidos. Diremos únicamente que se ha dedicado especial atención a la asociación económica entre el Mercado Común y los otros países de la O. E. C. E., a la capacidad expansiva de la Comunidad en cuanto susceptible de ensanchar el área europea comunitaria y, en fin, a los problemas de la agricultura.

PANORAMA DEL MUNDO ÁRABE.

Después del largo período en que el Egipto de Nasser ha mantenido una política prosoviética en la misma medida que era antioccidental, ya a fines del pasado año se pudo apreciar que la brújula política de El Cairo cambiaba de orientación y entraba en una fase de acercamiento y conciliación con el Occidente, incluso, y esto es lo más significativo, con la propia Gran Bretaña.

Se dirá que en el plano económico la Unión Soviética y sus satélites han conseguido éxitos indudables en Egipto. Más arriba hicimos alusión al feliz término de la misión Grotewohl en El Cairo, y será de recordar también la financiación soviética de las primeras construcciones realizadas para la presa de Assuan. Pero no se ha de olvidar que el curso de los acontecimientos en el Oriente Medio ha dado ocasión para que Nasser haya manifestado explícitamente su condena de los movimientos comunistas entre los árabes. Así, en el discurso pronunciado en Port Said, el 23 de diciembre, denunció a los comunistas sirios como enemigos de la unidad árabe. Añádase a esto la tirantez entre Nasser y Kassem y cuyo antagonismo se ha manifestado en el seno del Comité económico de la Liga Árabe. Todo parece indicar que las actividades comunistas han hecho entrar en fricción a los agentes de Moscú con las fuerzas representativas del nacionalismo árabe.

Pero junto a estos datos negativos existen otros positivos, reveladores del cambio operado en la política de El Cairo y quizá el más claro sea el éxito que ha coronado

(*) Vid en la sección de Documentación internacional de este número los textos de los Acuerdos concluidos con los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

la misión delicada cumplida por el presidente de la Banca Internacional, Black, cerca del Gobierno de Nasser. Esta misión, comenzada el 30 de diciembre, no era otra que la de actuar de mediador entre la R. A. U. y la Gran Bretaña para resolver las diferencias financieras y de otra índole que hacían imposible el restablecimiento de normales relaciones entre los dos Estados. El resultado de la hábil y eficaz intervención de Black ha sido la firma, el 16 de enero, en El Cairo de un acuerdo anglo-egipcio que pone el fin diplomático a la crisis abierta con la expedición franco-inglesa a Suez, de 1956.

Los puntos principales del acuerdo son los siguientes: cancelación de los daños sufridos por una y otra parte como consecuencia del secuestro de las bases militares británicas y de la acción militar inglesa; indemnización a los súbditos británicos afectados en sus propiedades por las nacionalizaciones egipcias; desbloqueo del fondo egipcio en Gran Bretaña, que asciende a 90.000.000 de libras esterlinas. La liberación de dos súbditos ingleses, condenados por espionaje, y que también había sido abordada en las conversaciones, ha quedado diferida, si bien parece que Nasser se ha inclinado a hacer uso del derecho de gracia.

Iraq es hoy el país árabe en que aparece fijada la tradicional inquietud del Oriente Medio. Obedece su inestabilidad presente al estado de luchas intestinas que ha seguido a la sangrienta defenestración de la monarquía de Faisal. Kassem está entregado a la dura tarea de eliminar de la escena a todos los elementos disidentes, entre los cuales el más caracterizado era el coronel Abdel Salam Aref, representante principal de la orientación del Iraq y la R. A. U. El 7 de febrero se hacía pública la noticia de haber sido condenado a muerte. Simultáneamente se han robustecido las vinculaciones entre el nuevo régimen iraquí con la Unión Soviética en virtud de la conclusión de un amplio acuerdo de asistencia técnica y económica dirigida a facilitar la ejecución del primer plan quinquenal del Iraq.

En contraste con esto parece la brusca ruptura, el 10 de febrero, de las negociaciones en curso para la conclusión de un tratado soviético-persa de amistad y no agresión. En el fondo de esta ruptura están las gestiones realizadas por el Gobierno de Teherán después de la revolución del Iraq tendentes a robustecer su posición mediante una ayuda directa de los Estados Unidos. La resistencia norteamericana a dar a sus ayudas la formalidad de un verdadero acuerdo determinó en el mes de enero que el Irán se volviera hacia la U. R. S. S. para concluir con ésta un tratado de no agresión que viniera a enlazar con el famoso acuerdo de 1921. Pero la oposición iraniana a cualquier posible disminución de su soberanía y los temores que esas negociaciones suscitaron entre los miembros del Pacto de Bagdad y los Estados Unidos, dieron ocasión a directas presiones ejercidas desde Washington sobre Teherán y cuyo efecto último ha sido la interrupción de las conversaciones soviético-iraníes. Quizá esta evolución determine una más decidida actitud de ayuda por parte de los Estados Unidos, aunque no es previsible que sea suficiente a vencer las resistencias del Departamento de Estado.

Precisamente esta delicada cuestión de las relaciones entre los Estados Unidos y los miembros del Pacto de Bagdad fué el principal motivo de discusión en la reunión del Consejo de Ministros del Pacto celebrada en Karachi del 26 al 28 de enero, y allí los Estados Unidos vieron apoyada su postura de cautela por la Gran Bretaña.

ACUERDO SOBRE CHIPRE.

Un problema tan grave para las relaciones internacionales como el de Chipre, y que desde el punto de vista humano había alcanzado un grado de terror y de odio intolerable que comprometía seriamente el futuro de la isla, ha encontrado súbitamente solución mediante las eficaces gestiones directas hechas por dos hombres eminentes, Caramanlis y Menderes, representantes de las dos poblaciones que ocupan la colonia británica.

Los primeros contactos fueron realizados en París en diciembre del pasado año, con ocasión de encontrarse en aquella capital ambos políticos para asistir a la reunión del Consejo Atlántico. Siguieron luego conversaciones diplomáticas hasta que, nuevamente en París, volvieron a encontrarse los ministros de Grecia y Turquía entre el 18

y el 20 de enero. Estos coloquios terminaron el 11 de febrero en Zürich. En sustancia el acuerdo greco-turco se basó en la renuncia por parte griega a la *Enosis* y por parte turca a la repartición de la isla, y a la aceptación del plan Makarios para la independencia de la isla. Sometido a la aprobación británica, el acuerdo encontró la inclinación favorable de Londres, desde un principio, lo que quiere decir que también allí se impuso el buen sentido. Las conversaciones tripartitas terminaron con la firma el día 19 de febrero, en Londres, de la "Paz de Chipre". Cuatro días después este acuerdo era dado a conocer simultáneamente en la capital del Reino Unido, en Ankara, Atenas y Nicosia. Las líneas generales del mismo son las siguientes: la Gran Bretaña guarda la soberanía de las dos zonas militares, que se conservan; el período de transición a la independencia se reduce, cediéndose así a las exigencias de Makarios; la nueva República, Grecia y Turquía garantizarán el libre ejercicio de la soberanía británica sobre aquellas bases; la independencia de la República de Chipre descansará en una garantía anglo-greco-turca.

En el orden constitucional, la nueva República tendrá tres Cámaras legislativas, correspondientes a las tres comunidades, y una Asamblea en la que los greco-chipriotas tendrán 70 puestos (compartidos con armenios y maronitas) y 30 los turcos. El presidente será un griego y el vicepresidente un turco, que gozará del poder del veto en aquellas cuestiones que afecten a la minoría turca.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

